

551781000001

COMEX

3-4

MERCADET,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

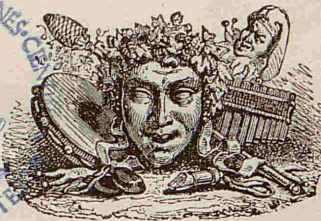
ESCRITA EN FRANCES

POR HONORATO DE BALZAC,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

DON FRANCISCO DEL VILLAR.

Representada con extraordinario aplauso en el Teatro del Instituto el día 3 de Noviembre de 1851.



R. 2.209

16." 16/p.

MADRID—1851.

IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.º 14.

1877

THE HISTORY OF THE

REPUBLIC OF THE UNITED STATES

OF AMERICA

THE HISTORY OF THE
REPUBLIC OF THE UNITED STATES
OF AMERICA
FROM THE FIRST SETTLEMENTS
TO THE PRESENT TIME
BY
JAMES M. SMITH
VOLUME I
THE EARLY PERIOD
FROM 1492 TO 1776
NEW YORK
PUBLISHED BY
J. B. LIPPINCOTT & CO.
1877

A SU QUERIDO AMIGO

D. EUGENIO GARCIA RIVERO.

EL TRADUCTOR.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

D. EUGENIO GARCIA RIVERA

EL TRIPLO

ACTO PRIMERO

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 1839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAGES.

ACTORES.

M. ^a MERCADET.	DOÑA CARLOTA JIMENEZ.
JULIA.	DOÑA MARGARITA MONTERO.
VIRGINIA , <i>criada</i>	DOÑA MANUELA BUENO.
TERESA , <i>idem</i>	DOÑA MARIA BAGUES.
MERCADET.	DON ANTONIO ALVERÁ.
MR. DE LA BRIVE.	DON VICENTE SEGARRA.
MR. MINARD.	DON PEDRO ABAD.
MR. VERDELIN.	DON PEDRO CABALLERO.
MR. PIERQUIN , <i>acreedor</i> . . .	DON JUAN PLAZA.
GOULARD , <i>idem</i>	DON JUAN RIQUERO.
VIOLETTE , <i>idem</i>	DON MANUEL SORZANO.
JUSTINO , <i>criado</i>	DON JOAQUIN VIDALES.
MERICOURT.	DON JOSÉ ANTELO.
ACREEDORES.	

La escena pasa en Paris , en la casa de Mr. Mercadet.

ACTO PRIMERO.

Un salon. Puertas al fondo y laterales. En primer término y á la izquierda una chimenea con espejo. A la derecha una ventana y una mesa con lo necesario para escribir. Sillones por toda la escena.

ESCENA PRIMERA.

JUSTINO. VIRGINIA. TERESA. (*Acaban de limpiar.*)

JUSTINO. Sí tal; ya lo he dicho y lo repito. Mr. Mercadet está enteramente arruinado.

VIRGIN. (*Con un cesto bajo el brazo.*) De veras?

JUSTINO. Y por muchas que sean las utilidades que se saquen de una casa tan desarreglada como esta, nunca llegará al débito que nos tienen por allá.

TERESA. Un año nos deben ya... Mejor será dejarlos y buscar por otra parte...

VIRGIN. Lo menos he dicho veinte insolencias á la señora, y nada... no se dá por entendida...

- TERESA. En muchas casas he servido, pero en ninguna me ha pasado lo que en esta!... Tanta apariencia y tantísima trampa!... Me parece que el día menos pensado les dejo plantados y me ajusto para hacer comedias.
- JUSTINO. Qué mas comedias que las que hacemos aquí diariamente?
- VIRGIN. Es verdad... Tan pronto tiene una que ponerse seria y decir cuando llama algun acreedor... «Cómo... no sabeis que Mr. Mercadet está en Lion?—No tal, no sabia nada!—Pues sí, señor, ha ido á descubrir unas minas de carbon de piedra.—Oh! me alegro!... Y cuándo vuelve?...—No sabemos.» Tan pronto se pone una compungida y esclama: «Oh! el señor y su hija están muy afligidos para poder ver á nadie.—Pues qué pasa?—Que la señora tiene una enfermedad de peligro.—De veras?—Sí tal!... y tanto que la han mandado tomar baños de mar!...—Oh! los baños de mar!—Si señor, ya veis qué sacrificio para la pobre familia!»
- TERESA. Si todos los acreedores contestasen así, pase... pero hay algunos que tienen unos modos, que ya!...
- VIRGIN. Está dicho. Voy á pedir que me ajusten la cuenta, y punto concluido. No vuelvo á poner un sueldo de mi bolsillo para nada en este mundo... pues no faltaba mas!
- JUSTINO. Nada... nada: que nos paguen, y si no con la música á otra parte.
- TERESA. Tanta fantasía y tan poco dinero! Si no fuese por el cariño que tengo á la señorita Julia y á su amante Mr. Minard...
- JUSTINO. Pues qué, creéis acaso que Mr. Mercadet vá á consentir que su hija se case con un tenedor de libros que no gana mas que mil ochocientos francos al año?... No creáis tal... el señor aspira á cosas mas elevadas.
- TERESA. Pues qué quiere?
- VIRGIN. Quién es? Sepamos...
- JUSTINO. Ayer vinieron aquí dos jóvenes sumamente elegantes. Traian un cabriolé magnífico, y segun dijo el lacayo al portero, uno de ellos venia á pedir la mano de la señorita Julia.
- VIRGIN. Cómo!... Conque eran aquellos jóvenes de guantes amarillos y frac con boton de armas, los que venian á pedir á la señorita?
- JUSTINO. Los dos no... uno solamente.
- VIRGIN. Qué caballos tan magníficos tenia el cabriolé... y no

es mal mozo el presunto!... Traia unos brillantes en la corbata mas gordos que avellanas!...

JUSTINO. Vosotras no conoceis á Mr. Mercadet. Yo que llevo en esta casa cerca de seis años, he aprendido perfectamente su sistema de vida, y estoy persuadido de que volverá á ser rico... Ya se vé, un hombre á quien tan pronto se cree millonario como arruinado!... Cada dia inventa alguna farsa, y todo ello para entretener á sus acreedores: así es que me los hace ir y venir cien veces á la semana. El uno se conforma, el otro grita y se desespera... aquel pega un campañillazo y pide con altanería, como si por eso lograrse algo. Otro se presenta andrajoso, sin duda para inspirarle lástima... en fin, es una barahunda. Y á lo mejor, el que viene á pedir se marcha habiendo soldado de nuevo la mosca... y el que creyó aterrarlo, sale con las orejitas gachas... Vamos, lo dicho; estoy seguro de que vá á ser rico antes de nada: no he visto en mi vida un hombre que mejor maneje á sus acreedores.

TERESA. Menos á Mr. Pierquin.

JUSTINO. Un tigre, que solo se alimenta con billetes de banco. Pues no digo nada del pobre Violette!

VIRGIN. Quién? el acreedor usurero? Mas de cuatro veces me da gana de sacarle una taza de sopas.

JUSTINO. Pues y Goulard?

TERESA. Callad, que la señora se acerca.

JUSTINO. Veamos si podemos averiguar alguna cosa del casamiento de la señorita.

ESCENA II.

Dichos. MADAMA MERCADET.

M.^a ME. Justino, habeis hecho los encargos que os mandé?

JUSTINO. Si señora; pero se niegan á todo, tanto las modistas como los comerciantes.

VIRGIN. Tambien tengo que decir á la señora, que los abastecedores de la casa no quieren...

M.^a ME. Comprendo!

JUSTINO. Los acreedores son la causa de lo que nos pasa...

Oh! si yo supiera cómo vengarme de ellos... Les juro!...

M.^a ME. Pagándoles: no hay otro medio.

JUSTINO. Vaya un medio!

M.^a ME. Inútil es que os oculte la gran inquietud en que me tienen los asuntos de mi esposo... por lo tanto nos será precisa vuestra discrecion, con la cual contamos... no es así?

TODOS. Oh! señora...

VIRGIN. No hace un minuto que estábamos hablando de lo buenos que eran nuestros señores...

TERESA. Verdad es... tambien dijimos que por vos haríamos cualquier sacrificio...

JUSTINO. A no dudarlo. (*Aparece Mercadet.*)

M.^a ME. Gracias, hijos, gracias... (*Mercadet manifiesta desagrado.*) Mi esposo solo quiere dar treguas á sus negocios, porque habeis de saber que se presenta un brillante partido para la señorita Julia, y si lográsemos...

ESCENA II.

Dichos. MERCADET.

MERCAD. Pero hija!... (*Interrumpiendo á su mujer. Los criados se alejan.*) A qué viene dar esas satisfacciones á los criados? Tal vez mañana os faltarán al respeto, y... —Justino, id al momento á casa de monsieur Verdelin y decidle que tenga la bondad de venir inmediatamente para un asunto muy grave... (*A Teresa.*) Vos, Teresa, encargad á los abastecedores que traigan cuanto se les mande, y al punto se les pagará. Idos. Ah! Si vienen esos señores, dejadlos entrar. (*Madama Mercadet se sienta á la derecha.*)

JUSTINO. Conque si vienen?...

MERCAD. Sí... sí! Dejadlos entrar... quiero ver á todos mis acreedores.

M.^a ME. Cómo!

MERCAD. La soledad me aburre. Tengo precision de verlos... Marchad!

ESCENA IV.

MERCADET. MADAMA MERCADET. VIRGINIA.

MERCAD. (*Cerca de la mesa de la derecha.*) Os ha dicho ya mi señora lo que teneis que hacer?

VIRGIN. No señor, es que...

MERCAD. Es preciso que deis una prueba de vuestra habilidad!... Tenemos hoy cuatro convidados; Verdellin y su señora, Mr. de la Brive y Mr. de Mericourt. Por lo tanto sere-mos siete en la mesa... No olvideis requisito alguno... Buenos pescados frescos, asados etc. etc.

VIRGIN. Pero, señor, si los abastecedores...

MERCAD. Eh? qué decís? Por qué me habláis de esos importunos el día de la entrevista de mi hija y su prometido?

VIRGIN. Pero si no quieren fiar!...

MERCAD. No quieren fiar? Buscad otros y decidles de mi parte que os den cuanto pidáis.

VIRGIN. Y con qué pago á los que dejo?

MERCAD. No les digáis una palabra.

VIRGIN. Y si me piden su dinero, me callo también?

MERCAD. (*Esta chica tiene dinero.*) (*Levantándose.*) Virginia, hoy día el crédito es la única riqueza de los gobiernos; y mis acreedores desconocerían las leyes de su país, y serían... anti-constitucionales... si no me dejasen tranquilo. No me habéis, pues, de esas gentes insubordinadas contra el principio vital de los gobiernos... bien establecidos: ocupaos, pues, con esmero de la comida de hoy; y si Mma. Mercadet, llegado que sea el día del casamiento de su hija, os debiese alguna cantidad, yo os respondo de ella.

VIRGIN. (*Vacilando.*) Pero...

MERCAD. Id con Dios... Os prometo dar el cuarenta por ciento de utilidades!... Me parece que nadie hará mas.

VIRGIN. Verdad es!...

MERCAD. (*Bajo á su mujer.*) (*No os decia bien?*) Cómo es que en vez de imponer vuestros ahorros en mis cajas, los fiáis á manos extrañas? Al menos yo los haría subir considerablemente.

VIRGIN. Decís bien...! Cuarenta por ciento es un crédito algo crecido... Nada, está hecho; contad con cuanto sea necesario para el convite. (*Váse.*)

ESCENA V.

MERCADET. MADAMA MERCADET.

MERCAD. Esta chica tiene mil y tantos escudos en la caja de ahorros! La mayor parte será de lo que me haya sisado, y por lo tanto nada mas natural que vuelvan á mi bolsillo!

M.^a ME. Oh! descender hasta ese punto!

MERCAD. Señora, todos los caminos conducen á la gloria. No mireis nunca los medios de que me valgo. Para eso vos queriais atraer á los criados con dulzura. Sabed que es preciso para ser obedecido, mandar como Napoleon, con imperio!

M.^a ME. Con imperio cuando no se les paga!...

MERCAD. Justamente! Se les paga con la altivez!

M.^a ME. Tal vez con la amabilidad haya yo conseguido de ellos servicios que por la altivez nunca hubiera logrado.

MERCAD. Con amabilidad!... Oh! eso era en otro tiempo!... Hoy dia, señora, es otra cosa. Ya se acabaron los afectos, las amistades!... Ya no hay familia!... Nada, la prueba de ello es que todos van á depositar sus intereses en una caja pública: la hija no se fia de pariente alguno para guardar su dote. El criado tampoco. El amigo idem. Todos acuden á los bancos, á las cajas de ahorros. En fin, nuestras antiguas pruebas de amistad y confianza, se han reducido á un coupon... á un pedazo de papel contraseñado. Por lo tanto no extrañeis que yo quiera tener dinero de todo el mundo para que todos se ocupen de mí y todos me estén subordinados.

M.^a ME. Oh!.... decís algunas veces cosas que os desfiguran.... y que tal vez....

MERCAD. Quien dice, hace, no es así? Pues sí, haré cuanto pueda para salvarme de la ruina, porque habeis de saber que el honor moderno está representado en el mayor ó menor número de estas esfigies. (*Sacando un napoleon.*)

M.^a ME. Pero....

MERCAD. A mas, que yo llevo sobre mí una buena excusa.... el peso del crimen de mi asociado Godeau, que se

marchó robándome cuanto poseia... Además, qué tiene de deshonoroso el deber? Qué hombre no muere insolvente con su padre? Le dió la vida y no se la devuelve! La vida misma es un empréstito perpétuo. Y sobre todo, no soy yo superior á mis acreedores? Yo tengo su dinero, y ellos esperan el mio!... Yo nada les pido y ellos todos los dias me importunan. Nadie se acuerda del hombre que no debe... al paso que mis acreedores se interesan por mi fortuna y por mi salud como por la suya.

M.^a ME. Está bien que se deba cuando se pueda pagar... pero pedir cuando no se puede dar....

MERCAD. Veo que os compadeceis demasiado de mis acreedores; cuando si tengo su dinero, ha sido porque...

M.^a ME. Porque se han fiado de vos.

MERCAD. Porque han querido sacrificarme valiéndose de mi necesidad... por ser usureros conmigo! El especulador y el usurero se dan la mano. Los dos quieren ser ricos en un instante. He hecho grandes servicios á todos mis acreedores, y aun esperan conseguir algo de mí. Mas de cuatro veces me hubiera perdido, si no hubiese sido por el gran conocimiento que tengo de sus intereses y sentimientos. En prueba de ello, vais á ver ahora mismo cómo les hablo á cada uno en distinto tono: vereis qué escena de comedia. *(Se sienta.)*

M.^a ME. En efecto, habeis dado orden...

MERCAD. De que los dejen entrar... es preciso!.. Tengo agotados mis recursos: amiga mia, ha llegado el dia de dar un golpe maestro. Julia me ayudará.

M.^a ME. Mi hija!

MERCAD. Mis acreedores me persiguen, me amenazan, me acosan, y es indispensable que mi hija haga un casamiento que les deslumbre, y me dé treguas. Mas para que este casamiento tenga efecto, necesito del dinero de esos señores.

M.^a ME. Vuestros acreedores daros dinero!

MERCAD. Si tal! Pues qué, no habrá que pagar los trajes, los muebles y las vistas? Me parece que una dote de doscientos mil francos bien exige un gasto de quince mil.

M.^a ME. Pero de dónde vais á dar esa dote? Nada teneis.

MERCAD. Razon de mas para hacer ostentacion... Ved todo lo que necesito: quince mil francos para las vistas y demas, y mil escudos para nuestros abastecedores,

á fin de que no se carezca de náda en nuestra casa cuando venga Mr. de la Brive.

M.^a ME. Contar con los acreedores para todo eso?

MERCAD. Pues qué, no están ellos interesados como yo? Conoceis algun pariente que desee tanto mi fortuna como mis acreedores? Los parientes son por lo general envidiosos de nuestra dicha; el acreedor, por el contrario, se regocija sinceramente. Si llegase á morir dejaría mas acreedores que me llorasen, que parientes. Estos me llorarian llevando luto en el corazon y en el sombrero; al paso que aquellos le llevarian en sus libros de caja y en sus bolsas. Allí seria donde mi pérdida dejaría un sentimiento profundo y un verdadero vacio; porque al fin, el corazon olvida, la gasa del sombrero desaparece despues de cierto tiempo; pero la cifra no saldada, permanece siempre viva y sin saldar.

M.^a ME. Conozco perfectamente á los que debeis, y estoy segura de que no conseguireis nada.

MERCAD. Conseguiré dinero y tiempo; estad segura de ello! Los acreedores son como los jugadores que ponen siempre por desquitarse de su primer pérdida. Os lo repito, son minas inagotables. A falta de un padre que nos dejase una fortuna, los acreedores son nuestros tios, pero unos tios sumamente celosos de nuestra posicion.

JUSTINO. (*Por el fondo.*) Mr. Goulard pregunta si es cierto que le habeis llamado.

MERCAD. (*A su mujer.*) (Veis cómo se estraña?) Decidle que pase. Goulard, el mas intratable de todos mis acreedores! Es verdad que tambien es el especulador mas audaz y codicioso!

JUSTINO. (*Anuncia y vase.*) Mr. Goulard.

ESCENA VI.

Dichos. GOULARD.

GOULAR. (*Colérico.*) Gracias á Dios que estais visible!

M.^a ME. Qué furioso viene!

MERCAD. Este caballero es uno de mis acreedores.

GOULAR. El cual no saldrá de aqui hasta tanto que le hayais pagado.

MERCAD. (Lo veremos!) Es posible, que persigais con tal ahinco á un hombre como yo y con quien tantos negocios habeis hecho?

GOULAR. Buenos negocios te dé Dios! Habiendo perdido en casi todos ellos!

MERCAD. Ahí está el mérito! Si todos diesen utilidad, quién no seria especulador ó negociante?

GOULAR. Creo que no me habeis llamado para darme muestras de vuestro talento: probado está que teneis mucho mas que yo cuando sois dueño de mi dinero.

MERCAD. El dinero ha de estar en alguna parte. Ved aqui un hombre que me ha perseguido como una liebre. Es preciso que confeseis, amigo Goulard, que os habeis portado muy mal; otro en mi lugar se vengaria de vos en este instante, porque en mi mano está el haceros perder una gran suma.

GOULAR. Si no me pagais, yo lo creo que la perderia; pero estoy convencido de que me pagareis, porque habeis de saber que los documentos están en poder del fiscal.

M.^a ME. Cielos!

MERCAD. Cómo! No estais en vuestro juicio! Tened entendido que si tal habeis hecho, nos hemos perdido ambos á la vez.

GOULAR. Vos, no digo que no; pero yo....

MERCAD. Los dos digo! Vamos, escribid inmediatamente, escribid.

GOULAR. (*Tomando la pluma maquinalmente.*) Que escriba! y qué?

MERCAD. Cuatro letras á Belanoy para que suspenda todo procedimiento, y para que me envíe mil escudos que necesito con toda urgencia.

GOULAR. (*Soltando la pluma.*) Todavía mas!

MERCAD. Conque dudais cuando caso á mi hija con un hombre poderoso? Vamos, vos mismo quereis arruinaros!

GOULAR. Vos casais á vuestra hija...

MERCAD. Con el señor conde de la Brive!

GOULAR. Si es un hombre tan rico como decís, lo mas que podré hacer será concederos un plazo... Pero por lo que toca á los mil escudos, de ningún modo. Y si me apurais mucho, ni plazo ni dinero.

MERCAD. Pues bien, ingrato! Id con Dios! y no olvideis que hice cuanto pude por evitar vuestra comun ruina.

Marchad, puesto que no quereis salvaros.

GOULAR. Salvarme á mí! De qué?

MERCAD. De la ruina mas completa! (*Sentado.*) Y me es sumamente extraño que un hombre tan hábil é inteligente como vos, se niegue á favorecerme en la mejor empresa que pudimos idear. Y por qué? vamos á ver... por mil escudos... por una bagatela... un hombre que siempre se asoció á mis empresas. Vamos, no estais en vuestro juicio. Sin duda preferireis mejor verme preso y desterrado, que no esponer mil escudos por salvar un millon de ellos!

GOULAR. Pero, Mercadet, es cierto lo que decís?

MERCAD. Ahora salís con esas? Será posible que no hayais comprendido?...

GOULAR. Se trata de las minas de la India?

MERCAD. (Qué rayo de luz!)

GOULAR. Según parece, es un gran negocio!

MERCAD. Magnífico para los que vendieron ayer!

GOULAR. Pues qué, han vendido?

MERCAD. Muy en secreto.

GOULAR. De veras? Gracias, Mercadet, me habeis salvado!

MERCAD. (*Deteniéndole.*) Goulard!

GOULAR. Qué queréis?

MERCAD. Y la carta para Delanoy?

GOULAR. Yo le hablaré del plazo.

MERCAD. Escribid aquí mismo, y os indicaré mientras tanto una persona que comprará vuestras acciones.

GOULAR. (*Sentándose.*) Quién es?

MERCAD. (Vea usted un hombre de bien ya dispuesto á engañar al prójimo.) Escribid; un plazo de tres meses, no es así?

GOULAR. Justamente.

MERCAD. El sugeto de quien os hablo quiere comprar en secreto para evitar la baja, trescientas acciones.

GOULAR. El caso es que yo tengo trescientas cincuenta.

MERCAD. No le hace cincuenta mas ó menos. Habeis puesto los mil escudos?

GOULAR. Y cómo se llama?

MERCAD. Se llama... pero no poneis ...

GOULAR. Cómo?

MERCAD. Los mil escudos!

GOULAR. (*Escribe.*) Qué diablos! Ya están.

MERCAD. Se llama Pierquin.

GOULAR. Pierquin?

MERCAD. Al menos él se encargará de la compra. Idos á vuestra casa, que yo os le enviaré. Es preciso no ir detrás del comprador, no sea que sospeche.

GOULAR. Decis bien. Vos me salvais la vida! Adios, amigo mio. Señora, recibid mi felicitacion por la boda de vuestra hija. (*Váse.*)

MERCAD. Como este, saldrán todos!

ESCENA VII.

MADAMA MERCADET. MERCADET. *Despues* JULIA.

M.^a ME. Es cierto lo que acabais de decirle? Apenas puedo comprender...

MERCAD. Mi amigo Verdelin desea organizar una sorpresa sobre las acciones de esa sociedad; empresa difícil hace tiempo, pero hoy sumamente fácil y excelente por los minerales que se acaban de descubrir. Oh! Como yo pudiese emplear cien mil escudos, mi fortuna era segura; mas primero es el casamiento de mi hija.

M.^a ME. Conoceis bien á Mr. de la Brive?

MERCAD. Como que he comido con él varias veces. Qué casa tan magnífica! Qué lujo de mesa! Vajilla de plata... de china, de cristal de roca... en fin, una riqueza! Cuando yo digo que Julia hace una boda brillante...

M.^a ME. Héla aquí! Julia, tu padre y yo tenemos que hablarte de un asunto muy interesante para tí.

JULIA. Os ha hablado ya Mr. Minard?

MERCAD. Mr. Minard! Quién? Mi tenedor de libros?

JULIA. Sí, papá.

MERCAD. Pues qué, le quieres?

JULIA. Sí, papá.

MERCAD. Pues, hija mia. se trata de que quieras á otro.

M.^a ME. Es decir, que él te ama?

JULIA. Sí, mamá.

MERCAD. Qué es eso? Sí, mamá... sí, papá! Deja ese vocabulario de colegio, y ten la bondad de llamar señora á tu madre, en gracia de su frescura y de su belleza...

JULIA. Está bien.

MERCAD. Oh! Por lo que toca á mí, llámame papá... yo no me ofendo por eso; al contrario. Vamos, dime: qué pruebas tienes de que te ama?

JULIA. La mayor de todas: y es que quiere casarse conmigo, y lo mas pronto posible.

MERCAD. Verdad es! (Estas niñas de ahora le dan á uno unas respuestas que le dejan estupefacto!) Pero reflexiona que un empleado con mil ochocientos francos no puede amar... apenas tendrá tiempo para descansar de su trabajo. Por otra parte, has pensado que tú no tienes bienes de fortuna?

JULIA. Sí, papá.

MERCAD. (Está loca!) Vamos, hálame como si fuese una amiga tuya. Has pensado qué será de vosotros al día siguiente de vuestro casamiento?

JULIA. Sí, papá! porque nos amaremos mucho.

MERCAD. Sí, pero el amor no os enviará ninguna renta para comer ni para vestir.

JULIA. Papá mio... viviremos en un cuarto de poco precio, aunque sea en quinto piso; no tendremos doncella, yo seré quien lo haga todo... Oh!... yo trataré de economizar lo mas que pueda, no gastando sino lo necesario... y á mas ganaré alguna cosa con la pintura. Puede haber mayor felicidad que vivir con la persona que se ama, y exentos ambos de otra ambicion que no sea la de amarse mutuamente? Además, Adolfo tiene porvenir...

MERCAD. Sí, todo eso es bueno cuando muchachos, pero cuando no...

JULIA. Por lo mismo que es jóven... puede llegar á ser algo. Pues qué, no creéis que Adolfo... tiene el suficiente talento y energía para poder ocupar algun puesto elevado? Qué dificultad hay en que llegue á ser ministro?

MERCAD. Ninguna... para otros habrá habido mas!...

M.^a ME. Pero, hija mia, ese es un amor de novela!...

JULIA. No tal... es un amor... que nos tiene dispuestos á sacrificarnos el uno por el otro.

MERCAD. Ya se vé; tu Adolfo nos cree millonarios.

JULIA. Jamás habló de intereses.

MERCAD. No importa... Ahora mismo le vas á escribir diciéndole que quieres hablarle.

JULIA. Como gustéis, padre mio.

MERCAD. Dime, no será mejor que te cases con el conde de la Brive, y en vez de habitar un quinto piso vivirías en un magnífico palacio!... y en vez de unirte á un futuro ministro... serías la condesa de la Brive, mujer de un par de Francia, caballero de la legión de honor... Estoy convencido de que si Minard te quiere bien, renunciará á sacrificar tan bello porvenir como te se presenta.

- JULIA. Estoy segura de que logrará cautivaros.
M.^a ME. Pero, esposo mio, si la quisiese segun ella dice...
MERCAD. No creais tal... el interés...
JULIA. Ojalá todos amasen con el mismo desinterés! (*Se oye una campanilla.*)
M.^a ME. Lllaman y no hay quien vaya á abrir?
MERCAD. Sí? Pues dejad que llamen.
M.^a ME. Si será Godeau?
MERCAD. Despues de ocho años, creéis que venga á devolveros el dinero?... Os parecéis á los antiguos militares que todavia confian en ver á Napoleon.
M.^a ME. Otra vez llaman.
MERCAD. Vé Julia, y di que hemos salido. Si no te creen, es prueba de que será algun acreedor. Déjale que entre. (*Váse Julia por el fondo.*)
M.^a ME. El amor de Julia me ha conmovido.
MERCAD. Ya se vé, amores románticos... de novela!
JULIA. Papá, es Mr. Pierquin.
MERCAD. El acreedor usurero!... Alma vil y rastrea que sufre y calla porque me cree con recursos... Fiera á medio domar y que mi audacia adormece. Si vacilase un momento, me devoraba. (*Va al fondo.*) Podeis entrar, Mr. Pierquin. Bien venido seáis.

ESCENA VIII.

Dichos. MR. PIERQUIN.

- PIERQUI. Señores, os felicito por el brillante casamiento que, segun noticias, hace vuestra hija... nada menos que con un millonario!
MERCAD. Gracias, caballero Pierquin.
PIERQUI. Eso solo basta para que todos vuestros acreedores tengan mas paciencia!... Haceis bien en publicarlo, porque la vuelta de Godeau no inspiraba ya confianza... y yo mismo estaba casi resuelto...
MERCAD. A ponerme en prision?
JULIA. Prenderos, padre mio?
M.^a ME. Caballero!...
PIERQUI. Escuchadme, pues. Teneis dos años de prórroga, y

jamás aguardé tan largo plazo ; mas la invencion del casamiento de vuestra hija...

M.^a ME. Cómo la invencion?

MERCAD. Sabed , caballero , que mi futuro yerno es Mr. de la Brive.

PIERQUI. No habeis elegido mal sugeto.

MERCAD. Deseo ser rico solo por no sufrir las impertinencias de nadie , y mucho menos las de un acreedor.

PIERQUI. Pero...

MERCAD. Basta ya... ó de lo contrario... os pago vuestro crédito! Entrad en mi habitacion , y arreglaremos el negocio para el cual os he llamado.

PIERQUI. Como gustéis y donde gustéis. (Qué diablo de hombre!) *(Saluda marchando por la izquierda, y Mercadet sale detrás de él.)*

MERCAD. (La fiera está domada!... Esto marcha!)

ESCENA IX.

MADAMA MERCADET. JULIA. *Luego tres criados.*

JULIA. Oh! mamá... jamás consentiré en dar mi mano á Mr. de la Brive.

M.^a ME. Ten presente que puede hacer tu felicidad su gran fortuna.

JULIA. Prefiero la dicha con la pobreza... á la desgracia con fortuna.

M.^a ME. No cabe , hija mia , la menor ventura en la miseria , así como no hay desgracia que la fortuna no mitigue.

JULIA. Y sois vos quien tales cosas me dice?

M.^a ME. La experiencia de los mayores debe ser la leccion de los hijos. Bien sabes por las duras pruebas que en este instante estamos pasando... Conque así , Julia mia , cástate con de la Brive.

JUSTINO. *(Entra por el fondo seguido de Virginia y Teresa.)* Señora , ya están cumplidas vuestras órdenes.

VIRGIN. La comida estará dispuesta.

TERESA. Todo lo demás está arreglado.

JUSTINO. En cuanto á Mr. Verdelin...

ESCENA X.

Dichos. MERCADET con papeles en la mano.

MERCAD. Qué ha dicho Mr. Verdelin?

JUSTINO. Que vendrá al momento, porque justamente tiene que traer un dinero á Mr. Bredif, dueño de la casa.

MERCAD. Bredif es sumamente poderoso! Tened cuidado de hacer entrar á Mr. Verdelin antes de que suba á ver á Mr. Bredif. Lo demás está todo arreglado? La comida... los trajes... muebles... etc., etc.?

TERESA. Ya lo creo!... En cuanto se les dijo que habia dinero, todo se les ha hecho poco.

MERCAD. Eso quiere decir que tendremos una buena comida!

VIRGIN. Todo será de su agrado.

MERCAD. Qué os han dicho los antiguos abastecedores?

VIRGIN. Que tendrán paciencia.

MERCAD. Está bien; confío en vosotros mañana y siempre. *(Se van.)* Tener á estas gentes por suyas, es ser tan invulnerable como el ministro que contase con la prensa.

M.^a ME. Y Pierquin?

MERCAD. Ved aquí todo lo que he podido sacar... Tiempo y estos papelotes en cambio de varias acciones... Un crédito de cuarenta y siete mil francos... sobre un tal Michonnin, un caballero muy industrioso, segun dicen.

M.^a ME. Olvidais que pronto vendrán los otros acreedores?

MERCAD. Si vienen, serán bien recibidos... Para eso estoy aquí... y si gustais, dejadme á solas con ellos... Yo los sabré manejar. *(Vanse madre é hija.)*

ESCENA XI.

MERCADET. *Luego* VIOLETTE.

MERCAD. Y Mr. Verdelin, mi amigo, sin venir, cuando solo confío en él para salir de estos apuros...! Verdeline y yo nos queremos en extremo, verdad es! Él me debe la gratitud, yo le debo su dinero... y no nos pagamos ni lo uno ni lo otro... Ah! á los cuarenta años debe tenerse aprendido que el mundo está poblado de ingratos! En fin, ahora de lo que tratamos es de sacar mil escudos que me hacen falta para casar á mi Julia.

JUSTINO. *(Desde fuera.)* Si señor, pasad adelante.

MERCAD. Si será él?... *(Yendo al foro.)* Ah! no... es el anciano Violette.

VIOLET. Mr. Mercadet, con esta son once las veces que he venido en esta semana... Solo la necesidad me ha obligado á tener paciencia.

MERCAD. Lo siento en el alma, amigo Violette, porque veo que sois tan desgraciado como yo.

VIOLET. Todo cuanto teníamos ha ido al monte de piedad.

MERCAD. Lo mismo me ha sucedido á mí!

VIOLET. Jamás os culpé de mi ruina, porque estoy convencido de vuestra intencion; pero como dice el proverbio... palabras no dan pan, vengo á suplicaros me deis lo que sea posible á cuenta de los intereses, y salvareis de ese modo la vida á toda una familia honrada.

MERCAD. Cuanto tengo es vuestro; pero os advierto, querido, que no poseo mas que cien francos... y esos son de mi hija.

VIOLET. Cómo!... Vos, tan rico, y tan...

MERCAD. Lo que ois... Yo nada os oculto.

VIOLET. Lo creo... lo creo, la verdad solo se halla entre desgraciados.

MERCAD. Sabed que estoy á punto de casar á mi hija...

VIOLET. Pues yo tengo tres y sabe Dios cuando las podré dar salida... Todo el dia están cosiendo las pobrecillas!... Conque podré contar con alguna cosa?

MERCAD. Os daré sesenta francos. *(Entra por ellos.)*

VIOLET. Mi mujer y mis hijas os bendecirán! *(Cómo le saco*

- el dinero poco á poco con mis lamentos! Oh! si los demas usasen la misma táctica!)
- MERCAD. (*Entrando y oyendo á Violette.*) (Ah! viejo avaro!) Tomad!
- VIOLET. Sesenta francos en oro!... Hace tiempo que no veia tanto dinero junto!... Adios, amigo, rogaremos por el casamiento de vuestra hija!
- MERCAD. Adios, amigo mio!... Cuando os veo, parece que me enriquezco. Vuestras desgracias me conmueven hasta tal punto, que me creo poderoso al escucharos. No sabeis el dolor que causa el reflexionar que está en mi mano el haceros feliz y no puedo verificarlo.
- VIOLET. Cómo... qué decís?
- MERCAD. Con la mayor seguridad del mundo.
- VIOLET. Contad! Contad!
- MERCAD. Pues bien, figuraos, amigo Violette, la invencion mas brillante, la especulacion mas magnífica, el descubrimiento mas sublime!... un negocio en el cual pueden tener salida todas las clases de la sociedad, todas las bolsas, y para cuya realizacion me ha negado un idiota banquero la miserable suma de mil escudos para ganar con ellos mas de un millon!
- VIOLET. Un millon!...
- MERCAD. Y sabe Dios hasta donde podría subir la boga del empedrado conservador.
- VIOLET. Conque es un empedrado?
- MERCAD. Conservador! Un empedrado sobre el cual y con el cual no pueden hacerse barricadas.
- VIOLET. Qué decís?...
- MERCAD. Ved la razon de por qué los gobiernos interesados en sostener el orden serán nuestros primeros accionistas. Los ministros, los príncipes y los reyes serán nuestros accionistas fundadores. Despues vienen los capitalistas, banqueros, comerciantes... en fin, hasla los especuladores en socialismo, viendo arruinada su industria, tendrán que reducirse á tomar acciones.
- VIOLET. Efectivamente que es una gran especulacion!...
- MERCAD. Sublime... y filantrópica!... Y decir que me han rebusado cuatro mil francos para hacer la tirada de prospectos y carteles!
- VIOLET. Cuatro mil!... Creí que solo eran...
- MERCAD. Cuatro mil no mas!... Y doy la mitad de las utilidades... es decir, una fortuna... diez fortunas!
- VIOLET. Oidme, yo daré algun paso... veré si cierto sujeto...
- MERCAD. Guardaos muy bien de hacer tal cosa... me robarian

la idea, ó tal vez la despreciarian, pues no todos tienen vuestro talento para comprenderla, y mucho mas los ricos que casi todos ellos son unos ignorantes. Por otra parte, mi amigo Verdelin no tardará en venir, y tal vez...

VIOLET. Verdelin... Y si yo..

MERCAD. Dichoso Verdelin...! Qué fortuna la vuestra si os arriesgais á dar seis mil francos...!

VIOLET. No hace un momento dijisteis cuatro mil...

MERCAD. Sí, cuatro mil me han negado, pero necesito seis mil... que me prestará Verdelin, á quien hice millonario en otra ocasion.

VIOLET. Mercadet, yo os prometo buscaros...

MERCAD. Nada, no penseis en ello... Pronto vendrá mi amigo, y... como no fuese que otro se adelantase, suyo será el negocio... Conque, amigo mio, no dudeis que, realizados mis planes, os devolveré los treinta mil francos que me habeis prestado hace tiempo!

VIOLET. Pero... sabed que...

M.^a ME. (*Entrando.*) Verdelin acaba de entrar.

MERCAD. (*Magnifico!*) Entretenedle un momento. (*Mma. Mercadet se vá.*) Amigo Violette, hasta despues.

VIOLET. (*Sacando una cartera.*) No, no, deteneos. Yo traigo la suma necesaria y os la entrego. (*Dándole billetes.*) Tomad.

MERCAD. Cómo... Vos seis mil francos!

VIOLET. Si... es que... un amigo me ha encargado que se los ponga en la caja de ahorros...

MERCAD. Qué mejor caja!... Luego firmaremos un contrato... Cómo lo vá á sentir Verdelin!... Perder nada menos que un Potosi!

VIOLET. Hasta despues.

MERCAD. Salid... por mi despacho... Adios! (*Váse por la izquierda y entra Mma. Mercadet.*)

M. ME. Mercadet!

MERCAD. Oh! soy un imbécil, un idiota! Debiera arrojarme por el balcon!

M.^a ME. Gran Dios! Qué pasa?

MERCAD. Qué pasa!... Que ahora mismo acabo de pedir seis mil francos á ese avaro de Violette, y...

M.^a ME. Y os los ha negado?

MERCAD. Al contrario, me los ha dado.

M.^a ME. Y entonces?...

MERCAD. Entonces... que me los ha dado tan pronto, que hubiera debido pedirle veinte mil...

M.^a ME. Olvidais que os espera Verdelin?

MERCAD. Decidle que entre. Al menos ya tengo para las vistas de Julia... Ya no nos falta mas que para mantenernos con algun rango de aquí al día de la boda.

M.^a ME. Verdelin es vuestro amigo y os los prestará. (*Váse.*)

MERCAD. Dice bien, es mi amigo; pero tambien posee todo el orgullo de su gran fortuna... Oh! si hubiese tenido por cajero otro Godeau como el mio!... Pero á qué me quejo del abuso de confianza de Godeau, cuando su fuga me ha dado mas dinero del que me robó?

ESCENA XII.

MERCADET. VERDELIN.

VERDEL. Buenos días, Mercadet; de qué se trata?... habla pronto. Por qué me has hecho entrar aquí antes de ver á Bredif?

MERCAD. Porque un hombre como él bien puede esperar... Pero dime, cómo es que tú mismo...

VERDEL. Querido, si uno no fuese á visitar mas personas que las que aprecia, jamás veríamos un alma.

MERCAD. Ni aun á mí?

VERDEL. Vamos, qué me quieres?

MERCAD. Tu prisa no me dá lugar para dorarte la pildora, aunque ya has adivinado...

VERDEL. Oh! Mercadet, absolutamente puedo darte nada... Si lo tuviese, tuyo seria. Bien sabes que te he prestado cuanto he podido, y que jamás te he reclamado nada; pues soy no solo tu acreedor, sino tu mejor amigo; bien que de lo contrario, el acreedor ya hubiera matado al amigo... y entonces...

MERCAD. Entonces... comprendo.

VERDEL. Si hubiese medios para sacarte de todos tus apuros, créeme que lo haria con sumo gusto... no solo por lo que te quiero, sino por tu gran valor... Otro ya hubiera sucumbido!... pues tus últimas empresas aunque hábilmente concebidas, fracasaron y te han des- acreditado y hecho temible en el comercio. No has sabido aprovecharte cuando tuviste ocasion para ello y ahora... ya se vé... te ves arruinado, perdidol... Vamos, lo único que yo puedo hacer por tí, es decirte que

cuando todos te abandonen, tendrás en mí, no un amigo, sino un padre.

MERCAD. Conque tan desacreditado estoy!...

VERDEL. No digo totalmente; porque aun te creen algunos... pero como la mayor parte saben los medios de que te vales para subsistir...

MERCAD. Medios no justificados por el éxito... no es así? Oh! cuantas infamias se cometen para dar valor á las cosas!... Esta mañana mismo, sin ir mas lejos, he terminado la baja que quieres dar á las acciones de las minas de la India con el objeto de favorecer tu jugada... ocultando el informe de los directores de la mina.

VERDEL. Será cierto, Mercadet? Silencio, por Dios; no nos oigan.

MERCAD. Lo digo para hacerte ver que no necesito de consejos ni de moral, sino de dinero... No te lo pido para mí, sino porque tengo que casar á mi hija, y me veo enteramente perdido... reducido á la pobreza, pues donde nos ves, esta es una casa donde reina la ostentacion en la apariencia, y la miseria en la realidad... Y si no hago ciertos preparativos indispensables, fracasará el casamiento. Me hacen falta quince ó veinte dias de opulencia, de lujo, como á ti veinte y cuatro horas de mentira en la Bolsa. Verdeline, no tengo mas que una hija! por lo tanto será la última peticion que te haga. (Aun vacila!)

VERDEL. Me has jugado tantas que no puedo creer en tal boda.

MERCAD. Tengo que convidar á comer hoy mismo á mi yerno, y me veo sin vajilla... y sin nada... Creo que tú me harás el obsequio de acompañarme en la mesa... enviándome antes tu vajilla... y... y mil escudos!...

VERDEL. Mil escudos!... Mercadet!... Nadie en el dia los tiene y menos para prestarlos... (Se pasea.) Mil escudos!

MERCAD. (Él me los dará!) Amigo mío, tú no comprendes las amarguras de un padre al ver que puede hacer la fortuna de su hija... y que por falta de recursos... tiene que condenarla á la desgracia y á la miseria tal vez!... No comprendes la hiel que sobre mi corazon derramará el recordar mi posicion actual. Oh! confio en tu amistad solamente para devolverme la vida, pues de lo contrario no sé qué sería de mí!

VERDEL. Mil escudos!... pero para qué los quieres?

MERCAD. (Ya son míos!) No consideras que mi hija se casa con un personaje... y que la menor falta, el menor des-

cuido le retraería de llevar adelante su propósito? Además, que á fin de no verme acosado ante mi yerno por mis innumerables acreedores, he dado orden para que vengan hoy con el objeto de ofuscarlos. He mandado traer todos los regalos de boda. Contaba contigo! Verdelin, amigo mio, mil escudos para el que como tú tiene una renta de sesenta mil francos, no son nada; y con ellos das la felicidad á mi pobre hija, á quien tanto amas.

VERDEL. Pues, amigo mio, cuenta con la vajilla, pero por lo que toca á los mil escudos, imposible!

MERCAD. Ni aun tu firma podrias prestarme?

VERDEL. Mi firma... Yo!...

MERCAD. Oh, hija mia!... hija mia!... todo está perdido! Dios mio! Dios mio! perdóname si atento contra mi vida, y recibeme en tu gracia... (*Momento de silencio.*)

VERDEL. Pero es cierto lo del yerno?

MERCAD. Conque tambien dudas de mis palabras? Oh! rehúsame tu fortuna, tus riquezas... tu amistad, pero jamás dudes de lo que digo!... Tal sospecha de mí! y por qué? por mil escudos! Solo dándomelos repararias tal agravio á mi persona.

VERDEL. Veremos... si puedo... el caso es que...

MERCAD. Sí, sí... rehúsamelos!... un hombre que para el menor antojo sacrifica sus intereses... se niega á dar la vida á un amigo, á toda una familia. Oh! tú no te acuerdas de nuestra antigua amistad... de nuestras azarosas aventuras.... Siempre juntos... siempre lo del uno para el otro... bienes comunes los de los dos!

VERDEL. Sí! sí! me acuerdo del desafío que tuve con un oficial de guardias por tu causa!

MERCAD. Y no te acuerdas de cuando te cedí mi novia Claudia porque tú la querias mas que yo? Ah! entrambos éramos jóvenes... si ella viviera te afearia tu vacilacion.

VERDEL. Si pudiera... yo seria el primero que... pero...

MERCAD. Conque no hay remedio? Ni los recuerdos de nuestra niñez... ni nuestra amistad... ni tu ventajosa posición... Oh! yo estoy loco... desesperado... no quiero ver á nadie! la muerte... sí... la muerte...

ESCENA XIII.

Dichos. MADAMA MERCADET. JULIA.

M.^a ME. Qué teneis, esposo mio?

JULIA. Papá... nos habeis asustado!

MERCAD. Todo lo han oido y acuden como dos ángeles guardianes: oh! vuestro afecto me enternece! Amigo mio... quieres asesinar á una familia! Oh! esta prueba de ternura me da valor para suplicarte!...

JULIA. Oh! no tal!... yo le suplicaré que no os niegue el favor que le pedis.

MERCAD. (Su voz le conmoverá!)

M.^a ME. Mr. Verdelin... escuchadnos.

VERDEL. Pero, señorita, vos no sabeis lo que me pide?

JULIA. El qué?

VERDEL. Mil escudos para casaros!

JULIA. Oh! entonces olvidad mis ruegos. No quiero un casamiento comprado con la humillacion de mi padre.

MERCAD. (Bien dicho! Así le convencerá!)

VERDEL. Julia... voy por los mil escudos. (Vase.)

ESCENA XIV.

Dichos, menos VERDELIN. Despues los criados.

JULIA. Padre mio! por qué no me habeis dicho?...

MERCAD. Nos has salvado, hija mia! Cuándo seré rico para hacerle arrepentir de semejante sacrificio!

M.^a ME. No seais tan injusto, que al fin cedió.

MERCAD. A los ruegos de Julia y no á los míos!

JUSTINO. Ahí estan los abastecedores.

VIRGIN. Y la modista con las costureras...

TERESA. Y el comerciante de géneros de seda...

MERCAD. Está bien! (Al fin triunfo! Mi hija será condesa de la Brive!) Que pasen á mi despacho, y decidles que está abierto el pago! (Se dirige al gabinete, sus criados quedan sorprendidos mirándose unos á otros.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El gabinete de Mercadet. Puertas al fondo y laterales. Ventanas en los ángulos. Estantes de libros entre estas y la puerta del fondo. A la izquierda en primer término un bufete. A la izquierda al fondo, la mesa de escritorio de Mercadet, y un sillón, cuyo respaldo está vuelto hacia la ventana. A la izquierda junto al arca otro sillón. A la derecha junto al bufete, un confidente.

ESCENA PRIMERA.

MINARD. JUSTINO. Despues JULIA.

MINARD. *(Desde el fondo.)* Conque me llama Mr. Mercadet?

JUSTINO. Asi es... pero la señorita me ha encargado mucho que os diga que la espereis antes aquí.

MINARD. *(Su padre quiere verme, y ella quiere hablarme antes de la entrevista. Indispensablemente ha pasado alguna cosa extraordinaria.)*

JUSTINO. Aquí está la señorita.

MINARD. *(Dirigiéndose á ella.)* Julia ..

JULIA. Justino, avisad á mi padre la llegada de este caballero. *(Justino sale por el fondo.)* Adolfo, Adolfo,

podreis conjurar nuestra desgracia? Tendreis tanto valor como el que he tenido yo?

MINARD. Explicaos, señorita.

JULIA. Mi padre quiere casarme con un jóven rico y desoye mis ruegos.

MINARD. Gran Dios?... Un rivall... Y me preguntais si tendré valor? Oh! decidme su nombre, Julia; decidmelo, y vereis bien pronto...

JULIA. Adolfo!... Me haceis temblar! De ese modo quereis ganar á mi padre?

MINARD. (*Viendo á Mercadet.*) Él es!

ESCENA II.

Los mismos. MERCADET, desde el fondo.

MERCAD. Caballero, es verdad que amais á mi hija?

MINARD. Es verdad.

MERCAD. O al menos habeis tenido el talento de persuadirselo.

MINARD. Vuestra manera de espresaros me revela una duda que viniendo de otro que no fuérais vos, me ofenderia. Cómo no he de amar á esta señorita? Abandonado por mis padres, vuestra hija es la única persona que me ha hecho conocer los placeres del cariño; vuestra hija es á la vez para mí una hermana y una amiga; en una palabra, es toda mi familia, y por eso la amo de un modo superior á toda espresion.

JULIA. Me retiro, padre mio?...

MERCAD. Por qué motivo?... Caballero, con respecto al amor de los jóvenes, profeso ideas muy positivas; y mi desconfianza es tanto mas lejitima, cuanto que no soy de esos padres ciegos por la paternidad. Veo á Julia... tal cual ella es: sin ser fea, no posee esa belleza que fascina. Asi... es lo que puede llamarse, ni bueno ni malo.

MINARD. Os engañais, caballero, y me atrevo á deciros que no conoceis á vuestra hija.

MERCAD. Permitid...

MINARD. Repito que no la conoceis!

MERCAD. Oh! la conozco tan perfectamente como si... En fin, la conozco.

MINARD. Vuelvo á deciros...

MERCAD. Aun no lo creéis?

MINARD. Conoceis á la Julia que vé todo el mundo; pero el amor la ha transformado. La ternura, el cariño la comunican una belleza maravillosa que yo solamente he creado.

JULIA. Padre mio, el rubor...

MERCAD. Di mas bien la satisfaccion... Y si vos la estais siempre repitiendo esas cosas...

MINARD. Cien veces! Mil! Nunca es bastante. Y nos es falta, seguramente el repetirlas delante de un padre!

MERCAD. De un padre? Me estais adulando! Yo, en efecto, me creia su padre; pero ahora veo que vos lo sois de una jóven, con la cual estimaria mucho entablar relaciones.

MINARD. Segun eso no habeis amado nunca?

MERCAD. Mucho!... Como todos los hombres he jugado á esa loteria.

MINARD. Pero en otros tiempos! Hoy dia amamos mucho mejor.

MERCAD. Y qué haceis entonces?

MINARD. Amamos con toda el alma! Amamos lo ideal!

MERCAD. Eso era lo que nosotros en tiempo del imperio llamábamos tener una venda sobre los ojos.

MINARD. Ese es el verdadero amor; el amor puro y santo que basta para llenar de encantos todas las horas de la vida!

MERCAD. Sí, todas... menos las horas de comer.

JULIA. Padre mio, no os burleis de dos jóvenes que se aman con una pasion verdadera y pura, porque está apoyada en el conocimiento de los caracteres y en la certidumbre de combatir con un mútuo valor las dificultades de la vida: no os burleis de dos jóvenes que se amarán entrañablemente.

MINARD. Es un ángel!

MERCAD. (Voy á darte el ángel!) Dichosos jóvenes!... Cuánto os amais!... Qué novela tan interesante!... Vos la quereis por mujer?...

MINARD. Con toda mi alma!

MERCAD. A despecho de todos los obstáculos?

MINARD. Para vencerlos he venido.

JULIA. Padre mio! Esta eleccion os dá un hijo lleno de sentimientos elevados... de un alma fuerte y...

MINARD. Señorita...

JULIA. Sí, debo hablar de este modo, porque debo decir la verdad.

MERCAD. Hija mia, anda á ver á tu madre, y déjame tratar de asuntos mas positivos.

JULIA. Hasta despues, padre mio.

MERCAD. Adios, adios, hija mia. (*La abraza y acompaña á la izquierda.*)

ESCENA III.

MERCADET. MINARD.

MINARD. (Qué dicha! Mis esperanzas se realizan!)

MERCAD. Minard, estoy arruinado!

MINARD. Qué estais diciendo?

MERCAD. Completamente arruinado! Y si quereis á mi hija, os la entrego. Estará mucho mejor en vuestra casa, por pobre que seais, que en la casa paterna.

MINARD. Pero...

MERCAD. No solamente carece de dote, sino que sus padres son pobres, mas que pobres!

MINARD. Mas que pobres! Pero si no hay nada de eso!

MERCAD. Si señor. Hay... deudas, muchas deudas.

MINARD. Eso es imposible!

MERCAD. Es decir que no lo creeis? (*Yendo á tomar un legajo de su bufete.*) (Ahora lo creerás!) Tomad, yerno mio; esos son los papeles de familia que atestiguan nuestra fortuna...

MINARD. Pero...

MERCAD. Negativa! Leed... Ved aqui la copia del proceso verbal por el que han sido embargados nuestros bienes muebles.

MINARD. Es posible!

MERCAD. Exactamente! Ved aqui las órdenes en masa! Un requerimiento de traba corporal hecho ayer. Esto no puede ser mas apremiante! En fin, aqui están todas las citaciones, todos mis protestos, todos mis juicios colocados por orden; porque... y tenedlo bien presente... en el desórden mas que en nada es preciso tener orden. Un desórden bien arreglado se maneja bien y se designa mejor. Qué puede decir un acreedor que vé su deuda anotada en el lugar que le corresponde? Yo he modelado mi casa por los gobiernos; todo sigue aqui el orden alfabético. Aun no he empezado á borrar por la letra A.

MINARD. Es decir que aun no habeis pagado nada?

MERCAD. Poco menos! Vos conoceis el estado de mis cambios, pues llevais la teneduria de mis libros... Mirad, total: trescientos ochenta mil.

MINARD. Si, es verdad; ahí está el resumen.

MERCAD. Ahora comprendereis lo penosa que era mi situacion cuando persistiais en vuestras descabelladas proposiciones. Porque casarse con una niña pobre cuando como vos no se poseen mas que mil ochocientos francos de sueldo, es casar el protesto con el embargo.

MINARD. (*Absorto.*) Arruinado! Arruinado sin recurso!

MERCAD. (No me he equivocado!) Y qué resolveis?

MINARD. Os doy mil gracias por vuestra franqueza y...

MERCAD. Pues... y lo ideal?... y vuestro amor por mi hija?

MINARD. Julia!...—Me habeis abierto los ojos!

MERCAD. (Magnífico!)

MINARD. Creia que la amaba con un amor sin igual, y ahora veo...

MERCAD. Que no la amais?

MINARD. Que la amo cien veces mas!

MERCAD. Ah! Cómo! Qué os lo que habeis dicho?

MINARD. No acabais de decirme que Julia necesitaria de todo mi valor y de todo mi afecto? Pues bien! Yo la haré feliz, no solo con mi cariño, sino tambien con mis vijilias y con mi trabajo.

MERCAD. Es decir que insistis en casaros?

MINARD. Cuando os creia rico, os la pedia temblando y casi avergonzado de mi pobreza! Ahora, os la pido con placer y con tranquilidad.

MERCAD. (Es un amor verdadero, cuya existencia no creia yo en el mundo!) (*Tendiéndole la mano.*) Perdonadme la opinion que habia formado de vos, y perdonadme, sobre todo, la pena que voy á causaros.

MINARD. Hablad!

MERCAD. Caballero Minard, Julia no puede ser vuestra esposa.

MINARD. Qué decis? A pesar de lo que me habeis confiado!

MERCAD. Precisamente por lo que os he confiado! Ya sabeis quién es Mercadet el rico, ahora vais á conocer á Mercadet hombre de negocios! Os he abierto con franqueza mis libros, y con franqueza voy á abriros mi corazon!

MINARD. Hablad! Pero no olvideis hasta qué punto amo á vuestra hija: recordad que mi abnegacion podrá solo igualar á mi amor.

MERCAD. Bien: á fuerza de trabajos y vijilias sostendreis á Ju-

lia; pero decidme, quién sostendrá á su madre y á mi?

MINARD. Ah! No dudeis...

MERCAD. Que vos trabajareis para cuatro en vez de trabajar para dos? Y sucumbireis bajo ese peso, y el pan que nos deis lo arrancareis un día de las manos de vuestros hijos!...

MINARD. Callad por favor!...

MERCAD. Y yo á pesar de vuestros generosos esfuerzos, caeré oprimido bajo el peso de una ruina vergonzosa; porque el vencimiento de las sumas enormes que debo, solamente puede alejarle mi hija con un casamiento brillante. Ignorais que ese casamiento es nuestra riqueza, nuestro honor? Y puesto que amais á mi hija, á ese mismo amor es al que yo apelo, amigo mio. No la condeneis á la miseria; no la condeneis al dolor de haber causado la muerte y la afrenta de su padre.

MINARD. Pero qué es lo que me pedís? Qué es lo que quereis que haga?

MERCAD. Quiero que halleis, en ese noble afecto que por ella teneis, mas valor del que yo mismo tendria en vuestro lugar.

MINARD. Lo tendré.

MERCAD. Prestadme atencion. Si yo os negase la mano de Julia, Julia no aceptaria á aquel á quien la destino, y por esto es preciso que os la conceda, y que vos seais...

MINARD. Yo mismo! Pero no me creará!

MERCAD. Os creará si la decis que por ella temeis á la pobreza.

MINARD. Me acusará de haber especulado con su fortuna.

MERCAD. Os deberá su felicidad!

MINARD. Pero... no veis que me despreciará!

MERCAD. Indudablemente os despreciará; pero si no he leído mal en vuestro corazon, la amais lo bastante para sacrificarlo todo á la felicidad de su vida. Vedla aquí con su madre. Pidiéndoos únicamente por las dos, puedo contar con vuestra abnegacion?

MINARD. Os repito que sí.

MERCAD. Bien! bien! gracias.

ESCENA IV.

MERCADET. MINARD. MADAMA MERCADET. JULIA.

JULIA. Venid, madre mia; estoy segura de que Adolfo habrá superado todos los obstáculos.

M.^a ME. Puesto que este caballero os ha pedido la mano de Julia, qué respuesta le habeis dado?

MERCAD. Él os explicará...

MINARD. (Ah! Cómo decir... Mi corazon se oprime!)

JULIA. Hablad, Adolfo!

MINARD. Señorita...

JULIA. Señorita?... No soy ya vuestra Julia? Oh! habladme. No está todo arreglado con mi padre?

MINARD. Vuestro padre ha tenido confianza en mí, y me ha revelado su posición... me ha dicho...

JULIA. Acabad... acabad!...

MERCAD. He dicho á este caballero, que estamos arruinados!

JULIA. Y esa confesion no ha cambiado en nada vuestros planes y vuestro amor, no es verdad, Adolfo?

MINARD. (*Con fuego; Mercadet sin ser visto le coge la mano.*) Mi amor! os engañaría, señorita... si os digese que mis planes no han sufrido alteracion.

JULIA. Oh! es imposible! No sois vos el que me habla así!

M.^a ME. Julia!

MINARD. (*Animándose.*) Hay hombres á quienes la miseria presta energia; hombres que serian felices con un trabajo constante y un cariño progresivo, y que se creerian mil veces pagados con una alegre sonrisa de su dulce compañera. Yo, señorita... no soy de esos hombres... el pensamiento de la miseria me abate... yo... no tendria valor para soportar la vista de vuestra desgracia.

JULIA. (*Llorando y arrojándose en los brazos de Mma. Mercadet.*) Madre mia! madre mia!

M.^a ME. Hija mia!

MINARD. (Estais contento?)

JULIA. Yo hubiera tenido valor para ambos... siempre alegre... hubiera trabajado sin pena alguna, y la felicidad habria reinado en nuestro matrimonio; pero vos no